

cuanto tiempo tiene que perder—; y conecta la televisión. Cuando Charles no aparece en la televisión la televisión no es buena”.

El problema de Argelia ha sido tratado con inteligencia y cautela. Marianne cree que no perdonará jamás a su amado. Algunos meses más tarde todo había cambiado. Y Francia le daba su mandato para hacer lo que él quisiera.

El dibujante Jacques Faizant nos presenta escenas graciosas y realistas. Vemos al general limpiando los platos. Muy cerca, Marianne trabaja con suma dedicación, con un mohín de rencor. Pero el aludido comenta: “—¡A mí me da lo mismo que la criada sea antidegaullista!”

La política internacional está juzgada con valentía. Destaca la fingida protagonista que Charles es un sorprendente empresario de juegos, un animador extraordinario, y que sus nuevas emisiones, “A la conquista de Europa”, tienen un éxito mundial.

Françoise Parturier no oculta su admiración hacia De Gaulle. He pintado sus limitaciones y ha exaltado todas sus virtudes. “Es evidente que De Gaulle no es un hombre ordinario”.

Esta obra, original en su forma, escrita con fluidez y penetración, es de gran utilidad para los franceses y para quienes auscultan y miden las proyecciones del actual fenómeno francés.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At405-95NMVM10095>

La noche de Mougins, de ROGER VRIGNY. Editora Zig-Zag, 1964

Esta novela ha merecido el “Premio Fémina” de 1963. Su autor, Roger Vrigny, está considerado entre los mejores escritores franceses contemporáneos. Se publica ahora la primera traducción castellana de este libro, complejo en su estructura, rico en meditaciones filosóficas, desarrollado con maestría gracias al feliz contrapunto de situaciones reales y de fugas por los recintos de la poesía.

Los temas de la vida y de la muerte forman una ecuación de infinitas incógnitas. El novelista francés combina la exaltación jocunda del vivir y los pormenores de un instante definitivo, personal, imposible de análisis profundo.

Sin duda, la muerte es un quedarse dormido para renacer en afanes de supervivencia. ¿Será que le adviene a la vida como única y lógica culminación? ¿Cómo llegar hasta los umbrales de un morir ajeno?

Roger Vrigny, hombre de formación cartesiana, ha estudiado ese problema. Con levedad, al filo de su narración, separa los obstáculos, nos muestra el anverso y el reverso de sus personajes, los proyecta hacia los encantados reductos del recuerdo, observa sus propósitos de huida, y en la fluencia de unas horas sujeta la verdad y el engaño de unos hombres, de una noche en la que hay estrellas y aromas de laurel.

La voz narrativa retrocede y avanza, une tiempos distantes, toma a los personajes y los abandona, se precipita hacia los recuerdos, pero rebrota con

énfasis, para deshacer las brumas que se ciernen sobre esa *Noche de Mougins*.

El novelista funde en su crisol estilístico tiempos verbales disímiles. Utiliza el presente habitual y el presente histórico, nos lleva a vivir a la simbiosis de unas vivencias pretéritas y de finas auscultaciones del porvenir.

Y entre semejantes pilares se amarra la cuerda floja de la vida y de la muerte.

¿Qué hay debajo de nuestros pies? ¿Brillan las estrellas sobre nuestras cabezas?

Uno de los personajes, depurando sus juicios, tomándole el pulso a las evocaciones, se pregunta: "¿Quizás había inventado su historia, el paseo en Alemania con Arken, la hostería de Hatzenport, la habitación de Candie, llena de sol? ¿Pero la muerte? ¿Cómo se puede contar la muerte? Sería necesario llegar hasta el final, y cuando se llega, nadie sabe nada".

El pasado concede a las imágenes de la vida una cuarta dimensión. El hombre que se deja dominar por semejante engaño sucumbe o se pierde entre cendales de ilusionada torpeza. Todos esos valores han sido vertebrados en las páginas de esta novela, cuya fábula se adelgaza y se hace subterránea en las postreras acotaciones del narrador: "¿Esa muerte que tengo delante de mí, un día podrá verla alguien con los mismos ojos que yo?"

Podrá ser vista en su verdad sobrecogedora, por el lector de fina curva sensitiva. "Es una historia muy sencilla, acabo de ver morir a mi padre, dijo Vendrennes, y se puso a reír. "Pero su risa tiene tristezas, ironía, nostalgias.

VICENTE MENGOD

WALTER BRÖCKER: *Aristóteles*. Traducción de Francisco Soler. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1963

En el N^o 129 de los Anales de la Universidad de Chile aparece una reseña muy apologética aunque, como veremos, no ausente por ello de contradicciones, de la traducción de la obra de Walter Bröcker, *Aristóteles*. El crítico de los Anales pretende refutar la aparecida en el N^o 402 de *Atenea*. Declara aristocráticamente: "Porque, si bien es cierto que algunas objeciones —pocas— que hace a la traducción del profesor Soler son ACERTADAS Y LEGÍTIMAS, el hecho es que gran número de ellas son irrelevantes y, lo que es peor, en muchos casos levanta gran polvareda en torno a cosas en que es él, el crítico, quien se halla en el error". Luego agrega que hablará con "fundamentos".

Veamos los "fundamentos".

Dice que la expresión "el ente" es inadecuada, porque se presenta bajo la forma de un sustantivo, en circunstancias que "lo ente", aludiría a la expresión griega "τό όν" o a la latina "ens", que son participios. Para una cosa tan elemental no hay que citar el diccionario etimológico de Ernout-Meillet. ¿No se presenta "lo ente" bajo la forma de un sustantivo? ¿O sería participio